



ANTONIO MONTERO, Y DIEGO DE FRIAS.

ROMANCE, EN QUE SE REFIERE UN RARO SUCESO, Y notable tragedia, que en la Ciudad de Antequera les sucedió á dos Mancebos muy amigos, el uno llamado Diego de Frias, y el otro Antonio Montero, el cual era casado con una muy hermosa Dama: y como Diego de Frias, habiéndose enamorado de ella, la sacó de su casa, y la llevó á la Ciudad de Sevilla, y como despues Antonio Montero los mató á entrambos.

A la Virgen del Rosario
la suplico me dé aliento,
mientras mi lengua declara
el mas notable suceso,
que en la ciudad de Antequera
les sucedió á dos mancebos,
el uno es Diego de Frias,
y el otro Antonio Montero.
Eran ambos muy amigos,
y de muy cercanos deudos;
era Montero casado
con Doña Juana de Cueto,
blanca y rubia es como un Sol,
y de lindo entendimiento,
discreta, entendida, y sábia:
mas aquel Dragon soberbio
siempre tiró á derribarla,
armando trazas, y enredos.
Hizo que se enamorase
Diego de Frias, teniendo
tanta cabida en su casa,
de amores andaba muerto;
hasta que la dijo un dia:
si tú pagaras mi afecto,
fueras dueña de mis bienes,
pues que tanta hacienda tengo.
La dama le respondió:
mira, que Antonio Montero
es tu amigo, y si lo sabe,
mala fortuna tendremos;
mas al fin yo daré traza
que nuestro amor disfrutemos.
Ingrata muger, y fragil,
que quebrantando el precepto

de tu esposo, diste entrada
al galan, Jesus, ¡qué yerro!
Tirano, aleve, ¿qué haces?
¿A tu amigo verdadero
una crueldad tan grande,
sin reparar en el riesgo?
Disfrutaron sus amores
con muchísimo contento;
y como Montero es hombre
de reputacion, y empeño,
temiéndose que lo sepa,
toman galas y dineros,
y en un ligero caballo
una noche se salieron:
camino van de Sevilla
estos dos amantes tiernos.
A aquella ciudad llegaron,
allí pusieron su asiento,
y en una casa vivian
con muchísimo secreto.
Volvamos ahora á Antequera
á declarar el suceso,
pues cuando Montero vino,
y halló á su muger de menos
aqui de corage tiembla,
y se abrasa en fiero fuego,
por boca y ojos echaba
volcanes de vivo incendio.
Ya se retuerce las manos,
echando mil juramentos
de no cortarse la barba,
ni vestir camisa al cuerpo,
hasta que matase aquel,
que maltrataba su crédito.
Mas de dos meses pasaron
sin pasearse Montero
de dia, sino es de noche,
las diligencias haciendo,
hasta que alcanzó á saber
que en Sevilla estan de cierto.
Ya se remuda la ropa,
y por no ser descubierto,
se pone unas barbas canas,
que le tapan todo el pecho,
un jugon ojeteado,
que lleva arrimado al cuerpo,
un gavan de paño pardo
con mas de dos mil remiendo,
entre los cuales llevaba
cuatro volcanes de fuego:
un afilado cuchillo
previno para su intento,
una monterilla vieja,
en medio un casco de acero,
una capa mal formada,
un bordoncillo; y pidiendo
limosna se fué á Sevilla,
y á ella llegó bien presto.
Donde estando con cuidado
las diligencias haciendo,
un dia en San Salvador
tendió la vista Montero,
vió pasar á su enemigo,
los pasos le fue siguiendo.
Lo vido entrar en la casa,
preguntó y supo de cierto,
que era alli donde vivia,
y retirándose luego,
le escribió una carta falsa
con mas de dos mil enredos
de Don Francisco de Frias,
tio de aqueste mancebo.
En punto de la Oracion
llegó á la casa Montero,
y dando un golpe á la puerta,
le bajó á abrir el mancebo:
vido un viejo venerable,
todo de canas cubierto,
y de ropa mal fardado,
y los ojos por el suelo:
¿qué se ofrece, padre honrado?
(le dice al fingido viejo)
y él con grande disimulo
preguntaba por él mesmo.

Yo soy, le dice al instante;
y fingiendo cumplimientos,
sacó del pecho la carta,
y besándola en el sello,
se la dió, y Diego de Frias
el sobre escrito leyendo,
rompe la nema, y prosigue,
estas palabras diciendo:
Sobrino del alma mia,
mil años te guarde el Cielo,
y te libre de enemigos,
que contra tí estan opuestos.
Yo tu tio Don Francisco
te envio á decir aquesto,
que en Antequera se sabe
que en Sevilla estas de cierto,
por lo que á buscarte van
Montero, y algunos deudos:
Quiero traerte á Carmona,
que yo allí mismo te espero,
y en la casa de un amigo
vivirás con gran secreto,
y nosotros descuidados,
que son tantos los lamentos
de tu madre, y tus hermanas,
las discordias, y los pleytos
de parte de tu enemigo,
originados del hecho,
que me obligan á venir
á ponerte en salvamento:
con el portador saldrás,
á quien encargo el secreto
porque antes que venga el alba
estés de término adentro
de Carmona porque en ella
estarás libre del riesgo.
El Cielo os guarde sobrino,
los años de mi deseo.
Se quedó el mozo elevado,
muy pensativo y suspenso;
la muger sale, y le dice:
Mira no sea algun enredo.
No es enredo, le replica,
y hemos de ir sin remedio.
Lo que conviene, Señora,
que al portador regalemos.
Aprestaron el caballo,
y aquella noche salieron
por la puerta de la Carne,
dama, galan y escudero.
¡O desgreciada Señora!
¡O malogrado mancebo!
¡que no sabes la desgracia,
que vá en tu acompañamiento!
Mas en llegando á la venta,
ya que el Alba iba rompiendo,
dijo el galan á la dama:
Aqui un rato soseguemos.
Dice Montero: eso no;
pues vamos con tal secreto.
¿quiere usted parar en venta?
mas adelante pasemos.
Toman una oculta senda
por unos montes espesos
de pinos, y de jarales:
á las umbrias de un cerro
volvió Montero la cara:
y dice, aqui pararemos,
para que estemos seguros
de todos los pasageros.
Se apearon del caballo
los dos muy amantes tiernos,
diciéndose mil cariños,
veneno para Montero.
Dice el galan á la dama:
dulce regalado espejo,
almorcemos, que ya es hora.
Entonces sacó Montero
dos furiosas carabinas
de los cosidos remiendos,
se quitó la mascarilla
de las barbas, y mal gesto,
y en altas voces decia:
yo soy Antonio Montero.

La muger que aquesto oyó,
cayó redonda en el suelo.
Diego de Frias turbose,
quiso hablar, mas el aliento
le faltó, pues le dispara
una pistolo á este tiempo,
que las penetrantes balas
le atravesaron el pecho,
revuelto entre fuego, y sangre,
estas palabras diciendo:
Confesion, que me has matado,
perdona, amigo Montero,
no me acabes de matar,
traeme los Sacramentos,
el alma es la que te encargo,
y pague el delito el cuerpo.
Mas él, tirano, y aleve,
vengativo, horrible, y fiero,
se arrimó, y con el cuchillo
le ha cercenado el pescuezo.
Se fue á la muger, que estaba
casi difunta en el suelo,
de los cabello la agarra,
dos mil injurias haciendo,
la dice: Falsa, enemiga,
¿qué es lo que á mi honor has hecho?
Mi crédito le has perdido
pues de esta suerte me veo,
traydora, me pagarás
conforme el merecimiento.
La cabeza la cortó,
con ella el brazo derecho:
en un baul que llevaban
de las prendas y el dinero,
metió aquestas tres alhajas,
y en un caballo ligero
hacia Antequera camina,
de este caso satisfecho.
A las doce de la noche
llegó á su casa Montero,
y porcima de las puertas
con duros clavos de hierro
fijó el brazo y las cabezas,
poniendo un letrero en medio,
que con claridad decia:
lo hizo Antonio Montero
por restaurar lo perdido
de su punto, honor, y crédito:
de esta suerte los maté.
en tal parte quedan muertos.
Volvió la rienda al caballo,
se fue á Málaga derecho,
sentó plaza de soldado
con muchísimo contento,
y sirve al Rey en la guerra
haciendo notables hechos.
A otro dia, cuando el alba
se levantó de su lecho,
cuantos por la calle pasan
quedan confusos y yertos.
Dieron cuenta á la Justicia,
los cuales vinieron presto;
los Señores admirados
despacharon por los cuerpos,
donde les dan sepultura.
Aquesto sirva de egemplo
á las Señoras mugeres,
y á los galanes mancebos,
que no se precien de amar
cosa que tenga otro dueño.

Con licencia. En Sevilla, por la Viuda de Vazquez y Compañía
Año de 1816.

